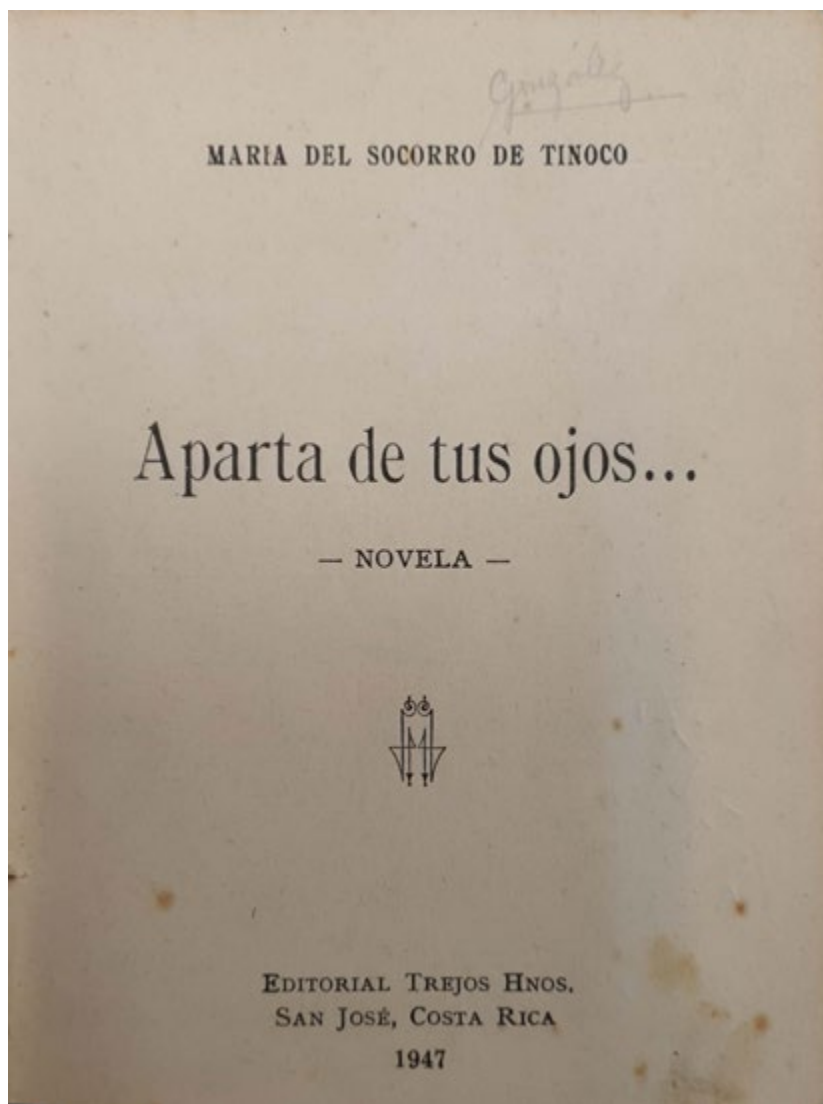


10 Aparta de tus ojos

María del Sorroco Gonzalez de Tinoco



En el fondo de sus pupilas de un verde vivo y cambiante, aletea, con frecuencia, la burla juguetona, hija legítima de una rebeldía que nunca ha de ser cometida.

Solo cree en el presente. Con violencia, se abraza a ese momento buscando, en él, la emoción de un nuevo "ahora" sin temor de emprender un camino equivocado.

La amarga realidad la lleva hacia las desilusiones porque le encanta construir mágicos castillos más allá de las nubes vagabundas e inconstantes.

Su belleza es retadora, deslumbrante. En ella domina el oro de tonalidades bronceadas de una cabellera admirable. Le hace eco la cadencia melodiosa del acento tropical que da la impresión de una caricia, esa belleza la lleva hacia el amor, hacia el matrimonio, hacia la maternidad. Luego, hacia el ingrato desamor, hacia la inesperada mala suerte.

¿Ha de llegar a ser nadie, después de haberlo sido todo?
¿Renunciar sin quererlo a una vida que es de triunfos?
¡Eso nunca! Si bien se siente como un ave en medio de la tempestad, prefiere consumirse con violencia antes que desvanecerse en una lentitud desesperante.

Siento orgullo. Alguien dijo: y fue una mujer que antes de la caída, siempre aparece el orgullo. Es una desviación de la lógica que busca las necesarias razones que han de explicar el derrumbe.

Se convierte en cómplice de un desalmado que, como tal, no sabe apreciar cuánto ella vale. La explota con cinismo irritante sin que la mujer se rebele ante aquella vida de esclavitud que ella misma ha escogido.

Cuando comprende que ha de llegar al borde del abismo, cuando cree, sin razón, que le será imposible volver a ser alguien, cuando supone perdido, para siempre, su yo magnifico, busca el amparo de la Virgen de todos los desamparados. Cree, en su delirio lleno de

desesperanzas, que hasta la dulce Madre de Dios la

abandona. No comprende que, en realidad, la acoge, amorosa, en su seno protector librándola, así y para siempre, de todas las asechanzas de la existencia, de todas las tentaciones de un mundo saturado de falsía. Isabel es una verdadera criatura del tiempo, de supropio tiempo. Esa confusión de su propia vida, que alguien señaló, es reflejo de la desorientación de toda una época.

Le corresponde vivir en medio de una juventud que quiere luchar y que duda, en el instante mismo en el que se dispone a seleccionar los motivos en favor de los cuales ha de combatir.

En una época en la que los seres actúan como ante una pantalla, amplificadora de gestos ingratos. Se dan prisa para desempeñar la parte que se ha adjudicado en el desarrollo del drama. Desparecen sin saber cómo, sin que se sepa cuándo y por dónde se ocultaron a la vista de los demás.

La culpa es del momento en el que dominan una herencia colectiva nefasta, un medio ambiente desconsolador y una educación desorientada.

¿En dónde hay que buscar el porqué de la derrota espiritual de esas juventudes? Llegaron en un instante trágico para la humanidad, cansada de tantas teorías y relaciones equivocadas. Bajaron a la arena cuando los viejos gladiadores ya no tenían fe en las propias fuerzas ni confiaban tampoco en la efectividad de las armas que esgrimían sus brazos desfallecidos.

La primera impresión que se recibe al leer esta novela es la de una magnífica serenidad. Hay en ella el equilibrio arquitectural de una sinfonía: tal es la gracia maliciosa, tal la ternura acariciadora que se desprende de cada una de sus páginas.

Da la idea de una música antigua que de nuevo se escucha haciendo renacer, una y otra vez, con frescura de aromas y con delicadeza de matices, la vida, algo olvidado, de nuestros mayores.

Hay encanto, precisión, sentimiento. Nada de frialdad espiritual. Unas cuantas chispas brillantes, traviesas. Algunas llamas rebeldes se desprenden, aquí y allá. Por algo la distinguida autora es hija de nuestro inolvidable Magón.

Isabel, la protagonista, es un tipo definido. Desea fundir, como si fuese una campana, su propio destino. Se siente -y lo es- diversa de las demás. Quiere, -y, porque intensamente lo busca, logra su deseo- ser ella misma, a pesar de todo, a pesar de todos.

De carácter soberbio, saturada de fantásticas ambiciones, no se resigna a pedirle a la vida, solamente un decoroso bienestar, una serena tranquilidad. Le gusta los espíritus que saben volar aunque en ese vuelo majestuoso pueden ser alcanzados por las adversidades.

Con razón, alguien la llama Colibrí. No quiere vivir como en un ensueño prolongado. Eso se presta para sentirse arrancada, sin compasión, de la fantasía. Desea vivir en una intensa tortura intelectual, sufrir la eterna tragedia femenina, alentar la intensa preocupación por saber, de cierto, lo que la existencia significa para ella.

Esas juventudes, como la de Isabel, se encontraron en un mundo que creía, sin saber por qué, una revisión total de los valores esenciales que hasta entonces habían considerado como absolutos.

No hallaron armonía entre el universo exterior y el propio espíritu. No lograron, en consecuencia, la indispensable adaptación de la realidad externa a la interna.

Por eso, ante ella, se levantó, desconsoladora, con todas sus oscuridades engañosas y con todas sus luces, engañosas también, el problema del desconocimiento de la razón.

Y con esa razón perdía sus derechos indiscutibles, la belleza que dejaba de ser, así se lo habían enseñado la sublimación de la materia hacia el espíritu, de lo conmensurable hacia lo infinito.

Con la belleza se deshizo la idea de la bondad cuya esencia nunca le supieron explicar. ¿Debe obedecer a la moral cerrada o dejarse llevar por la moral abierta? ¿Es posible? se preguntaban desorientadas esas juventudes ¿Es posible que haya dos morales?

Ante el desconcierto de sus maestros, se sintieron incapaces de adoptar una línea de conducta. Se detuvieron, se saturaron de una incoherencia absoluta que las entregó sin armas, a la vida, excitante siempre.

Los tormentos angustiosos de la conciencia de la época se reflejan en el alma de Isabel. Se imponen a su espíritu desorientándolo, colocándolo ante un sendero que, inesperadamente, se bifurca sin concederle otra guía que la ciega de los propios instintos. Por esa razón, podrá señalarse, al final de la novela admirable de María del Socorro González de Tinoco, una confusión inesperada. La magnífica autora quiso señalar, con detalles precisos, en el espíritu de la protagonista, las características ilógicas de la época en la que la hizo desenvolverse.

A lado del personaje central, de psicología bien estudiada, aparecen otros en quienes ha pluma hábil de la escritora se ha detenido con intenso cariño. Recordemos a la flaca y destañada solterona Eloísa; a Trino, el ingenuo por conveniencia; a Chica, bajita y regordeta igual que una almohada al irrespetuoso Jaime para quien nada hay digno de devoción; a doña Magdalena, una de las dulces viejecitas de antaño, casi santas; a la inconforme Julieta a tantos otros que se asoman con toque rápidos de precisa descripción.

La crítica social se encuentra diluida, cuando menos se espera con pinceladas admirables, valientes. La vida pública de un pueblo que se divierte locamente y que, temerosamente, reza cuando cree llegada la hora de hacerlo, es objeto de cuidadosos retoques que todo lo hacen adorable como lo es el recuerdo de los románticos mantones de nuestros abuelos injustamente venido a menos por la tiranta de modas extrañas.

Un libro cuya influencia ha de sentirse ya que merece ser lerdado con serena preocupación.

Hay en los dos grandes espíritus que alientan, poderosas, en cada una de las escenas descritas, el del magnífico Magón y el de una patria pequeña internamente adorada.